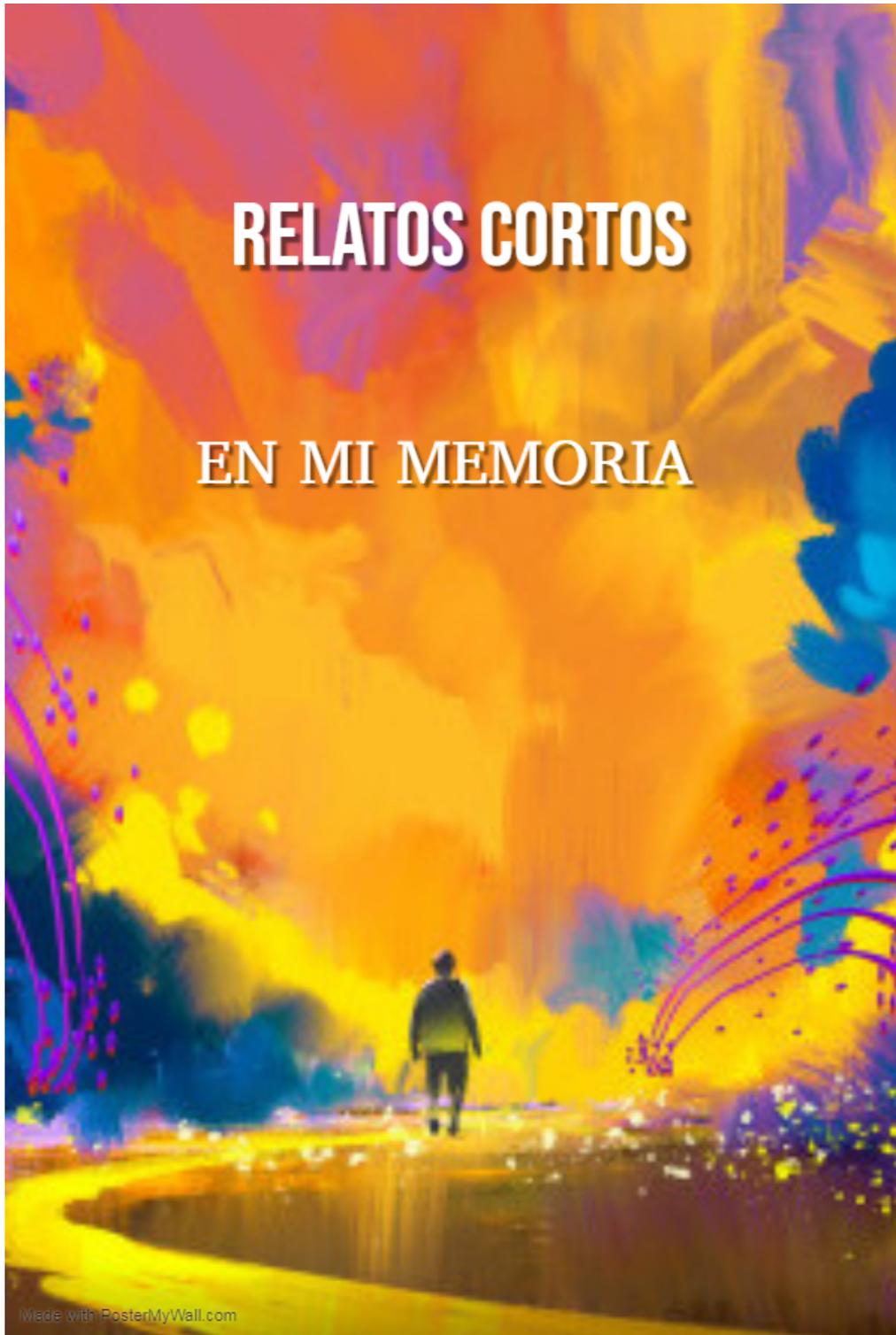


En mi memoria

Alicia Lebén



Made with PosterMyWall.com

Capítulo 1

Ese día como todos los días salimos a pasear por la ciudad, a veces sol y lluvia, planicies o rocosas superficies siempre algo nuevo y extraordinario. Durante años recorrimos animosos los espejos de agua, las calzadas antiguas y desgastadas y los baches. Ese día sin previo aviso mi compañero triste y decaído se negó a continuar. La niña lo reviso; está roto dijo, zapato viejo y gastado. Entonces, entramos por última vez (recuerdo) a ese lugar repleto de lustrosos y brillantes como habíamos sido alguna vez. Años después aún recuerdo esos caminos, ahora la ciudad yace solo en mi memoria.

Capítulo 2

Prefacio a lo recóndito del alma

Cadenciosamente caía la noche, estrellada y silenciosa. La luna parecía aparearse sigilosamente con el sol, mientras a su alrededor el universo danzaba ferozmente.

Mire hacia arriba buscando las respuestas a las infinitas preguntas en mi cabeza. Bruno, había entrado por la puerta de atrás de mi patio trasero, vestía como todos los domingos, un traje negro grisáceo, lleno de pequeños hoyitos casi imperceptibles, el tiempo que era implacable, no había podido conservar su color y ahora, su aroma desprendida, era como un baúl de recuerdos guardados en lo profundo del alma.

Si, éramos grandes amigos, la niñez nos había traído grandes alcázares de goma y pasta que sórdidamente se resquebrajaban con los años.

En el ajetreo del día a día transcurrían los días y las noches y mi sueño seguía rondando más allá de las estrellas. Escondido en lo profundo del sótano de aquella casona en el centro, se hallaba cuan glorioso y estrepitoso laurel. Los sueños con soldados de plomo y arengas salvajes por doquier habían por fin terminado, sentí ese día que Bruno y yo emprenderíamos lo que sería sin duda la aventura de nuestras vidas.

Bruno no hablaba, jamás lo hacía, sin embargo; su discurso era irrefutable, sus ojos ahumados, profundos cual noche de luna llena, gritaban a vivas voces sus más sórdidos deseos.

Al entrar en esa densa oscuridad note algo extraño, más de lo acostumbrado, el silencio allí era aún más profundo y se percibía una cierta paz; la casona era vieja y los recuerdos sonaban siempre tras los pasillos ; era parte de su maravilloso encanto. Una cierta sensación de desasosiego le arrebató la paz a mi interior ya atribulado por cierto, y entonces visualice a lo lejos una figura maltrecha e irreconocible.

Mi amigo inseparable de juegos y aventuras ahora yacía muerto en el suelo de la vieja casona, yo, con el asta en mi mano, empuñándola con álgido fervor. Mis ojos sollozando llenos de lágrimas, vacíos de recuerdos y carentes de cicatrices, lo miraban fijamente, mientras a lo lejos sentían devenir un sórdido sonido de auxilio inminente. El espejo en la pared; quebrado por el paso de los años único testigo.

Bruno no había fallecido, aun había en el dejes de vida, un soplo de aire inerte que sobresalía desahuciado de su boca pálida violeta-azulada y sus

ojos entrecerrados que miraban inquietantemente.

Quizás lo había podido prevenir, los amigos son amigos hasta la muerte y aun en la línea delgada de la vida compañeros de sendero, se dignifican sin necesidad de enmascarar sus más bajos y profundos pensamientos. Bruno me lo dijo, me aclaro que no fue su intención, gritó desesperado, su garganta a punto de regurgitar envolvía su lengua, casi imposibilitándolo para hablar.

Lo prometiste amigo mío, grite con fuerza ino me dejaras!!! Y ahora si tú decides dejar este mundo sin más explicación que la absurda caída en picada de tu vida longeva, y tu evidente cansancio, yo me permitiré acortar tu lúgubre camino.

Bruno sonrió casi presagiando lo que vendría, su sonrisa temblorosa palidecía ante la fogosidad en mi interior, no sabía, no quería saberlo, ¿Por qué se debe tener claro todo antes del momento final?

Bruno no pregunto, era común en el deambular en sus pensamientos, cabalgar en silencio en sus densas llanuras, yo lo sabía y eso era suficiente, sabía que finalmente el holocausto seria desatado; melancólico y lábil por causa de la inminente decisión.

Su aliento de vida se agotaba y con su más sincera sonrisa, observo las estrellas que se vislumbraban desde la ventana del altillo; donde los niños que habían existido y ya nunca más, soñaban alcanzar más que el propio universo.

Se detuvo Bruno, por fin, no escucho más su sonido, por fin mi querido amigo podremos descansar.

Capítulo 3

Las razones no habían sido claras hasta ese momento. Lola asentó delicadamente la piedra sobre la mesita, esperando que Santiago hiciera la llamada. Habían estado hablando por varios meses, no era el momento para desconfiar o para correrse del trato, el frasco de pastillas ya estaba vacío y tendría que mantenerse despierta toda la noche en caso de que no apareciera. El ruido había mermado y ya no se podían ver transeúntes, ese sería el momento perfecto para salir y olvidarse de todo, explicar lo que había pasado antes de que llegara al apartamento.

Santiago era todo un profesional, el trabajo pasado había sido impecable, no había dejado ningún cabo suelto, pero no era una persona impuntual y ya eran más de las doce. Estaba totalmente incomunicada y las horas seguían corriendo, sería más difícil revertir todo o al menos disimular cuando el sol asomara y si el bastardo no aparecía tendría que hacerlo ella misma.

Un hombre con una gabardina que le tocaba las rodillas camino hasta ella y se mantuvo a una distancia prudente, no era posible verle el rostro y Lola no quería ser reconocida por más personas, (aunque llevando la peluca y la ropa prestada de Martina sería imposible que alguien en los suburbios sacara conclusiones) igual era muy arriesgado.

Dejo caer un sobre de papel sobre la acera y le hizo una clara indicación con la mano, la señal de la que había estado hablando Martina toda la tarde, el plazo se había cumplido y Santiago no aparecía, eran más de las dos y la paciencia le rozaba la base de la cabellera falsa. No le quedaba más opción que aceptar e irse, tenía los tiquetes en el bolso y no podía seguir esperando.

Debía hacer el intercambio antes de las seis, ya llevaba dos horas decidiendo entre un sueño aterrador que casi no le permitía mantener los ojos abiertos y el miedo de que Santiago apareciera por la puerta. Cambiaría su alma por la de Martina si fuera necesario, eran más que hermanas y el paso por la escuela de artes, los novios compartidos y los besos cayendo la noche mientras Santiago dormitaba en el sillón, un fiel recordatorio de lo que debía hacer.

La piedra ya estaba en el sobre, ahora solo bastaba esperar. El ruido del carro al dar vuelta en la esquina y desaparecer le produjo un escalofrío que bajo por todo el cuerpo, se sintió desorientada y decidió recostarse sobre la columna. Ya deberían estar en el apartamento, Martina estaría aliviada y dejaría un dibujo sobre la mesita de noche en agradecimiento como lo había hecho por años, luego volverían a verse después de unos

meses para reiniciar la búsqueda.

Mientras caía en el sueño empezaba a pensar porque el frasco estaba vacío, ella no había tomado las pastillas hace más de una semana, pero no era importante, finalmente había cumplido, Santiago aparecería en la mañana con tufo a mujer barata y aguardiente y una sonrisa en la boca, dando alguna explicación vana del retraso y esperando a que le contaran con detalles lo sucedido.

El brillo del sol empezó a entrar por la ventana, Lola miro hacia los lados y descubrió gratamente que ya estaba en el apartamento, el cuerpo le dolía terriblemente y la cabeza le daba tumbos, intento levantarse pero le fue imposible, el frasco de pastillas tirado al lado derecho de su cuerpo y un sabor a cobre que le secaba la boca, sobre la cama Martina boca arriba mirando al cielo con los ojos abiertos y una sonrisa exquisita dibujada sobre sus labios rojos.

Santiago sentado en el sillón con el cuerpo un poco encorvado y la televisión encendida a volumen bajo; como siempre le había gustado, sus ojos abiertos y su piel más pálida que de costumbre. Ahora todo le era más claro, las razones habían sido dilucidadas finalmente, Santiago había cumplido.

Los recuerdos empezaron a brotar como flores silvestres de primavera. La noche anterior mientras tomaba las pastillas hasta el fondo después de lo sucedido, había dado freno al letargo, a la tristeza de sus vidas, se volverían a conocer y cometerían menos errores, sus amigos, estaba segura lo agradecerían sin demora.

Martina con su ropa favorita y su peluca de días festivos, Santiago había tardado un poco y renuente apareció misterioso recogiendo la piedra que aun brillaba en su anillo de bodas, ella con los tiquetes que abrían el paso a la próxima aventura.